

PADRE NUESTRO

Orar con el espíritu de Jesús

José Antonio Pagola

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	5
1. La estructura del Padrenuestro	5
2. Los salmos	7
3. ¿Cómo utilizar este libro?	7

EL PADRENUESTRO

I. PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO	11
1. Experimentar a Dios como Padre	13
2. Con la confianza de hijos	16
3. Sabiéndonos hermanos	18
4. El Padre del cielo	19
5. Dios Padre y Madre	21
II. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE	25
1. El nombre de Dios	27
2. La santidad de Dios	29
3. Que Dios santifique su nombre	30
4. Nuestro compromiso	31
III. VENGA A NOSOTROS TU REINO	33
1. Evitar ideas erróneas	35
2. La utopía del Reino de Dios	37
3. El Reino de Dios está llegando	38
4. Entrar en el Reino	41
IV. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO	45
1. La voluntad salvífica de Dios	47
2. Que el Padre haga realidad sus planes de sal- vación	48

3. En la tierra como en el cielo	49
4. En obediencia fiel al Padre	50
V. DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA	53
1. El pan	55
2. El pan nuestro	56
3. El pan de cada día	57
4. No solo de pan vive el hombre	58
5. El pan de la vida eterna	59
6. Regalo de Dios y trabajo del hombre	60
VI. PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFEN- DEN	63
1. Nuestra deuda con Dios	65
2. Perdónanos	67
3. Como también nosotros perdonamos	68
4. El sentido de nuestra petición de perdón.	70
VII. NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN	73
1. Nuestra debilidad	75
2. La tentación	76
3. No nos dejes caer	77
4. Vigilar y orar	79
VIII. LÍBRANOS DEL MAL	81
1. El mal	83
2. Arráncanos del mal	84
3. Nuestra lucha contra el mal	86
IX AMÉN	89

SALMOS PARA ORAR EL PADRENUESTRO

I. PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO	93
<i>Tenemos un Padre en el cielo</i>	95

	<i>En él ponemos nuestra confianza</i>	99
	<i>Todos somos hermanos</i>	102
II.	SANTIFICADO SEA TU NOMBRE	107
	<i>Que todos reconozcan la grandeza de Dios</i>	109
	<i>Que todos experimenten lo bueno que es Dios</i>	112
	<i>Que Dios cuide su buen nombre</i>	115
III.	VENGA A NOSOTROS TU REINO	119
	<i>Venga a nosotros tu Reino</i>	121
	<i>Que Dios haga justicia a los pobres</i>	124
IV.	HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO	129
	<i>Que Dios cumpla sus planes de salvación</i>	131
	<i>Enséñame a cumplir tu voluntad</i>	134
V.	DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA	137
	<i>El Padre alimenta nuestra vida</i>	139
	<i>Que Dios nos dé vida</i>	142
VI.	PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFEN- DEN	145
	<i>Padre, hemos pecado contra ti</i>	147
	<i>Padre, perdónanos</i>	150
VII.	NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN	155
	<i>Te invocamos, Padre, desde la debilidad</i>	157
	<i>No nos dejes caer</i>	160
VIII.	LÍBRANOS DEL MAL	165
	<i>Padre, en ti confiamos</i>	167

PRESENTACIÓN

«Estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos. Él les dijo: Cuando oréis, decid: Padre...» (Lc 11,1-2). El Padrenuestro no es una oración más entre otras. Es la oración de los discípulos de Jesús. La oración que el Maestro enseña y deja como distintivo a sus seguidores. En ella podemos descubrir los deseos más íntimos de Jesús y sus aspiraciones más hondas.

No es extraño que los cristianos lo hayan considerado siempre como la síntesis del Evangelio. *Breviarum totius Evangelii* lo llamaba Tertuliano. En el Padrenuestro encontramos la enseñanza nuclear de Jesús, su mensaje de salvación, su programa de vida. Ahí está el Evangelio de Jesucristo, condensado en pocas palabras y traducido al lenguaje vital de la oración. Si captamos bien su contenido y su aliento, captaremos el mensaje más original de Jesús y su espíritu más hondo.

1. LA ESTRUCTURA DEL PADRENUESTRO

Es sencilla. Arranca con una invocación que indica con claridad a quién va dirigida la oración: «Padre nuestro que estás en el cielo». Tiene luego dos partes

bien definidas que conviene distinguir, pues marcan dos actitudes básicas en el orante.

En la primera parte se hacen tres peticiones que en castellano vienen expresadas en subjuntivo. Son fórmulas breves: «*Santificado sea*», «*venga*», «*hágase*», que recogen *tres grandes deseos* centrados en Dios: su nombre, su reino, su voluntad. En la segunda parte, por el contrario, encontramos *cuatro peticiones* en forma imperativa, que es lo propio de la oración de petición. Son fórmulas más largas, que se centran ahora en las necesidades del ser humano: «*Danos el pan*», «*perdona nuestros pecados*», «*no nos dejes caer en la tentación*», «*libranos del mal*».

Así pues, en la primera parte, la atención se dirige hacia el mismo Dios. El orante le grita sus *tres grandes deseos*: que ese nombre de “Padre” sea glorificado, que su reinado se vaya imprimiendo en el mundo, que se haga cuanto antes realidad su voluntad de salvar al ser humano. En la segunda parte, la mirada se vuelve hacia la vida concreta de los hombres para hacerle a Dios *cuatro peticiones vitales*. Nuestra vida es frágil, está amenazada por la fuerza del mal y expuesta a peligros permanentes. El orante confía al Padre la existencia concreta de los hombres para pedirle pan, perdón, ayuda ante la tentación y la liberación del mal.

Nunca se han de separar estas dos partes del Padre-nuestro, pues forman una sola oración. Es el mismo orante quien se dirige al Padre del cielo. Primero,

para expresarle sus deseos ardientes de ver realizada la obra salvífica del Padre. Después, para presentarle las necesidades más urgentes de la humanidad. Los deseos sublimes de la primera parte serán realidad cuando el ser humano encuentre respuesta concreta a su necesidad de ser salvado de la precariedad, del pecado y del mal.

2. LOS SALMOS

Si queremos orar el Padrenuestro con el espíritu de Jesús, hemos de reconstruir en lo posible la atmósfera espiritual de la que brotó su oración al Padre. Para ello, nada mejor que ahondar en la tradición orante de los salmos. Ellos constituyen el *humus* en el que creció la espiritualidad de Jesús y donde se alimenta esa oración, tan sublime como sobria, que ha quedado plasmada en el Padrenuestro.

Estoy convencido de que un creyente que ahonde en la espiritualidad de los salmos, aprenderá a rezar el Padrenuestro como Jesús y podrá experimentar que esa oración, repetida tantas veces de forma rutinaria y distraída, se convierte en manantial inagotable de vida y esperanza.

3. ¿CÓMO UTILIZAR ESTE LIBRO?

Este libro tiene dos partes. En la primera se ofrece una breve reflexión o comentario que ayuda a com-

prender mejor el contenido de cada una de las peticiones que integran el Padrenuestro. En la segunda parte se van proponiendo algunas súplicas entresacadas de los salmos, que pueden ayudar a que cada petición del Padrenuestro tenga una resonancia más honda en nuestro corazón.

El lector puede comenzar por leer el comentario al Padrenuestro, bien íntegramente para obtener una visión global de toda la oración de Jesús, bien deteniéndose en cada petición para ahondar en su contenido.

La segunda parte del libro se puede utilizar para orar despacio alguna de las invocaciones o peticiones del Padrenuestro. Una vez seleccionada la petición («ven-ga a nosotros tu reino», «hágase tu voluntad», «líbranos del mal»...), se puede leer la breve introducción que se propone para entonar el espíritu; luego elige cada uno el salmo o los salmos que quiere saborear despacio; por último se puede pronunciar repetidamente la petición de Jesús.

En estos tiempos de indiferencia y crisis religiosa, tentados por la mediocridad espiritual, enfrentados a nuevos retos y dificultades, los cristianos hemos de seguir pronunciando con nuestros labios y con nuestro corazón esa oración que nos enseñó Jesús y que encierra su más preciosa herencia: *«Padre nuestro que estás en los cielos»*.

I

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO

El Padrenuestro arranca con una invocación que le da un tono propio a toda la oración. Lo primero es experimentar a Dios como Padre querido y cercano, despertar en nosotros la confianza total, sentirnos hermanos de cuantos son sus hijos. Este grito inicial al Padre no es solo una invocación introductoria que precede a las diversas peticiones, sino que ha de crear en nosotros el clima de intimidad y confianza que ha de impregnar toda la oración que sigue. Para nosotros, Dios no es un problema teórico sobre el que podemos hablar y discutir, sino Alguien vivo y cercano con el que podemos dialogar como Padre y Amigo querido.

1. EXPERIMENTAR A DIOS COMO PADRE

Han sido muchos los pueblos que han invocado a Dios como “padre” o como “madre”. Con esta expresión intentan expresar su absoluta dependencia de Dios, pero también el respeto y la confianza que sienten ante él. En estas religiones (Asiria, Egipto, Grecia, Roma) a Dios se le llama “padre” porque se le experimenta como “engendrador” y fuente de vida, y porque se le acepta como “señor” y principio de autoridad. Así hemos de entender el antiquísimo himno de Ur de Caldea donde a Dios se le invoca como «*Padre, lleno de gracia y de misericordia en cuya mano descansa la vida de toda la tierra*»¹.

Esta intuición religiosa de tantos pueblos ha recibido luz nueva en la historia de Israel. Sin embargo, solo lentamente llegó el pueblo bíblico a representarse a Dios como Padre. No querían ensombrecer su experiencia de un Dios trascendente imaginando ligeramente a los seres humanos como hijos de un dios o

¹ Citado por J. JEREMIAS en *Abbá. El mensaje central del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1981, p. 19.

una diosa, al estilo de ciertas religiones del Próximo Oriente. Yahvé es un Dios cercano, él guía a Israel, vive en estrecha alianza con su pueblo, pero no puede ser representado por imagen alguna, y su nombre es misterioso. Cuando Moisés le pregunta a Dios cómo se llama, Dios le contesta: «*Soy el que soy... Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación*» (Ex 3,14-15).

Sin embargo, la experiencia de sentirse pueblo elegido va a hacer emerger un clima religioso que hace posible designar a Dios como Padre. Israel es como una gran familia llamada a la vida por Yahvé, el padre del pueblo. En la tercera parte del libro de Isaías podemos observar un lenguaje nuevo: «*Tú eres nuestro padre. Abrahán no sabe de nosotros, Israel no nos reconoce, tú, Señor, eres nuestro padre*» (Is 63,16). Algo más adelante, el profeta habla así: «*Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano*» (Is 64,7). Dios acompaña con su amor paternal la historia de Israel. Lo «*ha llevado como a un hijo por todo el camino*» (Dt 1,31), lo «*ha educado como un padre educa a su hijo*» (Dt 8,5). Según el profeta Oseas, ha sido así desde el principio: «*Cuando Israel era niño, le amé, y desde Egipto llamé a mi hijo*» (Os 11,1).

Es normal que el pueblo elegido saque algunas consecuencias. Ese amor paternal de Dios está pidiendo respuesta: «*El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?, y si señor,*

¿dónde queda mi respeto?» (Mal 1,6). La misma queja resuena en el Deuteronomio: «¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?» (Dt 32,6). El amor paternal de Dios está pidiendo, sobre todo, fraternidad: «¿No tenemos todos nosotros un mismo Padre? ¿No es un solo Dios el que nos ha creado? Entonces, ¿por qué nos traicionamos unos a otros profanando la alianza de nuestros padres?» (Mal 2,10).

A pesar de todos estos textos, en el Antiguo Testamento el nombre de “padre” dado a Dios no es determinante, sino solo un nombre entre otros muchos más frecuentes e importantes, como “señor”, “juez”, “rey”, “creador”. Solo Jesús revelará el contenido encerrado en la invocación a Dios como Padre.

Cuando un cristiano inicia su oración, lo primero que hace es situarse ante un Dios *Padre*. Dios es para nosotros Misterio trascendente y santo, pero Misterio de amor personal y concreto. Al orar, no nos dirigimos a “algo”, no nos sumergimos en la “Energía cósmica” que lo dirige todo, no nos fundimos con la “Totalidad misteriosa del universo”. Nosotros nos dirigimos a “Alguien” con rostro personal, atento a los deseos y necesidades del corazón humano. Dialogamos con un Padre que está en el origen de nuestro ser y que es el destino último de nuestra existencia. Cuando pronunciamos esta palabra “Padre”, orientamos todo nuestro ser hacia el único que nos ama, comprende y perdona, pues somos sus hijos.

2. CON LA CONFIANZA DE HIJOS

En su oración, Jesús siempre se dirige a Dios llamándolo *Abbá*. Es cierto que, en sus parábolas, Dios aparece también como rey, señor, juez..., pero cuando habla con él sólo le llama *Abbá*. Ese es su nombre propio.

Esta expresión aramea, utilizada por Jesús en todas sus oraciones que han llegado hasta nosotros, es un término que usaban especialmente los niños pequeños para dirigirse a su padre. Un diminutivo cariñoso (algo así como “papá”) que nadie se había atrevido a emplear hasta entonces para dirigirse a Dios². Este *Abbá* encierra, sin duda, el secreto de la relación íntima que vive Jesús con Dios, su Padre querido. Como dice J. Jeremias, Jesús «habló con Dios como un hijo con su padre, con la misma sencillez, el mismo cariño, la misma seguridad. Cuando Jesús llama a Dios *Abbá*, nos revela cuál es el corazón de su relación con él»³. La actitud de Jesús ante Dios es la del que habla desde la confianza, el afecto y la ternura de un niño pequeño.

Pero Jesús no se reserva para sí mismo invocar a

² Sobre esta expresión infantil, cfr. el estudio de J. JEREMIAS, *o.c.*, pp. 65-73. A pesar de las precisiones que se han hecho posteriormente a la tesis de J. Jeremias (por ejemplo por parte de J. Barr), este término, tal como lo emplea Jesús en un contexto social en el que de ordinario ni siquiera se nombraba a Dios, reviste un significado especial e inusual. Cfr. A. TORRES QUEIRUGA, *Repensar la cristología*, Verbo Divino, Estella, 1996, p. 353, nota 83.

³ J. JEREMIAS, *o.c.*, p. 70.

Dios como Padre querido, sino que enseña e invita a sus discípulos a que también ellos le invoquen con la misma confianza y seguridad. «Al entregar el Padrenuestro a los discípulos, Jesús les transmitió el poder de decir como él: *Abbá*. Esto significa que les hacía participar de su relación con Dios»⁴. La Iglesia primitiva guardó esta expresión de Jesús en su original arameo como el núcleo de la nueva confianza con la que pueden invocar a Dios quienes siguen a su Hijo. «*Mirad, no recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuelva al temor; recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar: ¡Abbá! ¡Padre!*» (Rom 8,15). «*La prueba de que sois hijos es que Dios envió a vuestro interior al Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abbá! ¡Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo*» (Gál 4,6).

Para rezar el Padrenuestro es necesario despertar en nosotros este “espíritu de hijos”, hablar con Dios con seguridad y confianza de hijos, hacer desaparecer todo temor, abandonarnos con gozo en Dios, nuestro Padre querido. Esta es la gran novedad de Jesús: «*A los que creen en su nombre les da poder de ser hijos de Dios*» (Jn 1,12). Esto que hoy escuchamos, tal vez, como algo “normal”, era subrayado con gozo y asombro en las primeras comunidades cristianas: «*Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!*» (1 Jn 3,1). Es cierto que ahora

⁴ J. JEREMIAS, *o.c.*, p. 71.

no se manifiesta todavía en nosotros esta condición de “hijos de Dios”, pero un día experimentaremos todo lo que esto significa: «*Queridos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es*» (1 Jn 3,2).

Hemos de aprender a orar a Dios *Abbá* con confianza total de hijos. Esta es la actitud básica y esencial que hemos de cuidar, ahondar y hacer crecer en nosotros sin temor alguno. Dios es nuestro *Abbá*, un Padre que nos ama con amor insondable y que «*sabe lo que necesitamos antes de pedírselo*» (Mt 6,8).

3. SABIÉNDONOS HERMANOS

El Padrenuestro se reza en plural desde el comienzo hasta el final. Jesús nos enseña a decir «Padre nuestro», no «Padre mío»⁵. Quien invoca así a Dios no puede desentenderse de los demás. No podemos presentarnos ante Dios solo con nuestros problemas y preocupaciones, ajenos a los demás hombres y mujeres. En el padrenuestro no se le pide a Dios nada solo para uno mismo, sino para todos. El Padrenuestro solo se puede rezar con un corazón grande y universal. Dios es “nuestro”, de todos. Nadie ha de quedar excluido.

⁵ El término “*Abbá*” puede aplicarse tanto al singular como al plural. Mateo traduce “*Padre nuestro*” con todo acierto, pues toda la oración está en plural.

Dios es Padre de toda la familia de seguidores de Jesús. Pero es también Padre de todos, sin discriminación ni exclusión alguna. Es el “Padre del cielo”. No está ligado a un lugar sagrado. No pertenece a un pueblo o a una raza concreta. No cabe en ninguna religión. Es el Dios de todos. «*Hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos*» (Mt 5,45). «*Es bueno con los malos y desagradecidos*» (Lc 6,35). Rezar el Padrenuestro es reconocer a todos como hermanos y hermanas, sentirse en comunión con todos los hombres y mujeres, sin rechazar a nadie, sin despreciar a ningún pueblo, sin discriminar a ninguna raza.

4. EL PADRE DEL CIELO

Dios es nuestro Padre querido, bueno con todos, cercano a cada uno, pero no hemos de confundirlo con un padre cualquiera. Nos lo advierte el mismo Jesús: «*No llaméis a nadie “Padre” vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo*» (Mt 23,8-9). Un Padre íntimo y cercano, pero trascendente. Un Padre «*que está en el cielo*».

Según la concepción bíblica, “la tierra” es el espacio en el que viven los seres humanos y “el cielo” es el lugar de Dios. Así dice el salmista: «*El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres*» (Sal 115,16). El cielo es símbolo de la trascendencia

y la inmensidad de Dios: «¿Es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabes en el cielo y en lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que te he construido!» (1 Re 8, 27), dice el rey Salomón después de edificar para Yahvé el primer templo de Jerusalén ⁶.

Dios “está en el cielo”. No está aquí, en la tierra, siempre a mano para utilizarlo cuando lo necesitamos. No rezamos a Dios para que nos defienda de la dureza de la vida y nos resuelva los problemas. Lo que le pedimos es saber actuar y vivir desde su gracia, su bondad y su verdad.

Es sabido que, para Sigmund Freud, la religión es una «neurosis infantil colectiva»: los hombres buscan en Dios un «sucedáneo del padre», alguien que los acoja y proteja. Por eso la religión crea, en su opinión, una dependencia infantil neurótica y, de la misma manera que para madurar y ser adultos hay que «matar al padre» haciéndose uno padre de sí mismo, así también los hombres tienen que liberarse de Dios para asumir su propia responsabilidad y ser dueños de sí mismos.

Sin embargo, orar a un Padre del cielo no infantiliza. Jesús no tiene nada de niño débil e infantil que vive buscando el consuelo y la protección de Dios. Su obediencia al Padre no lo infantiliza, sino que le

⁶ Los evangelistas recuerdan la costumbre de Jesús, el cual, al orar, elevaba los ojos al cielo (Mc 7,34; Jn 11,41; 17,1). La costumbre más generalizada era, al parecer, orar mirando hacia el Templo.

hace responsable para asumir su propia misión hasta el fondo. Dios es nuestro Padre querido, pero está en el cielo, no en la tierra. No nos acompaña para sustituirnos en la solución de nuestros problemas. Está en el cielo, remitiéndonos a nuestra propia responsabilidad, dejando la construcción del mundo en nuestras manos. Por eso, invocar al Padre del cielo no crea dependencia infantil, no “castra” nuestra personalidad. Al contrario, el creyente encuentra en ese Dios el mejor estímulo y fundamento para vivir responsablemente la fraternidad universal. Ese “Padre del cielo” es fuente de autonomía, libertad y responsabilidad para construir un mundo más humano y fraterno.

5. DIOS PADRE Y MADRE

Cuando invocamos a Dios como Padre no estamos pensando en ninguna determinación sexual. «Dios no es varón porque se hable de él como Padre, ni es mujer porque se hable de él como Madre»⁷. No hay más motivo para emplear el masculino que el femenino cuando hablamos de Dios. Dios Padre no representa lo masculino frente a una Diosa-Madre que representara lo femenino. Cuando invocamos a

⁷ S. DEL CURA, «Dios Padre/Madre. Significado de implicaciones de las imágenes masculinas y femeninas de Dios», en *Dios es Padre*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1991, p. 307.

Dios como Padre, lo único que queremos expresar es que Dios es principio y origen de nuestro ser, y que ese misterio último que origina, sostiene y fundamenta el universo es un misterio de amor insondable⁸.

Por ello, tan legítima es la imagen femenina de Dios como la masculina. La misma tradición bíblica no teme representar a Dios con imágenes femeninas, incluso dentro de una sociedad patriarcal. Así se puede leer en la segunda y tercera parte del libro de Isaías: «Escuchadme, casa de Jacob, resto de la casa de Israel, con quien he cargado desde el vientre materno, a quien he llevado desde las entrañas...» (Is 46,3). «¿Acaso puede olvidar una mujer a su hijo de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella llegase a olvidar, yo no te olvidaré» (Is 49,15). «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (Is 66,13). Por eso, aunque a muchos pudieron sorprender las palabras de Juan Pablo I, en realidad no representaban novedad especial. Esto fue lo que dijo: «Dios es Padre; más aún, es Madre. No quiere nuestro mal; solo quiere hacernos bien a todos»⁹.

⁸ L. BOFF, *El rostro materno de Dios*, Ed. Paulinas, Madrid, 1981. I. GÓMEZ-ACEBO, *Dios también es madre*, San Pablo, Madrid, 1994. D. SÖLLE, «Dios, madre de todos nosotros»: *Selecciones de Teología* 25 (1986). F. ELIZONDO, «Diosa-Madre», en X. PIKAZA / N. SILANES (dirs.), *Diccionario teológico. El Dios cristiano*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992, pp. 346-355. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *¡Noticias de Dios!*, Sal Terrae, Santander, 1997, pp. 215-232.

⁹ JUAN PABLO I, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*. Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1978, p. 5.

Tal vez, en medio de una sociedad que sigue configurada por el varón, sea conveniente superar el uso obligado y casi exclusivo de un lenguaje patriarcal que puede estrechar y empobrecer nuestra experiencia de Dios. Él está por encima de cualquier lenguaje humano, pero los nombres que le damos tienen su importancia, ya que de ellos depende, en buena parte, lo que representa para nosotros. Probablemente, confiarse a un Dios de entrañas maternas puede hoy ayudar a más de uno a vivir una experiencia más rica y entrañable del Misterio de Dios.

El Padrenuestro no es una oración más entre otras. Es la oración de los discípulos de Jesús. La oración que el Maestro enseña y deja como distintivo a sus seguidores. En ella podemos descubrir los deseos más íntimos de Jesús y sus aspiraciones más hondas. No es extraño que los cristianos lo hayan considerado siempre como la síntesis del Evangelio. En el Padrenuestro encontramos la enseñanza nuclear de Jesús, su mensaje de salvación, su programa de vida. Ahí está el Evangelio de Jesucristo, condensado en pocas palabras y traducido al lenguaje vital de la oración. Si captamos bien su contenido y su aliento, captaremos el mensaje más original de Jesús y su espíritu más hondo.

